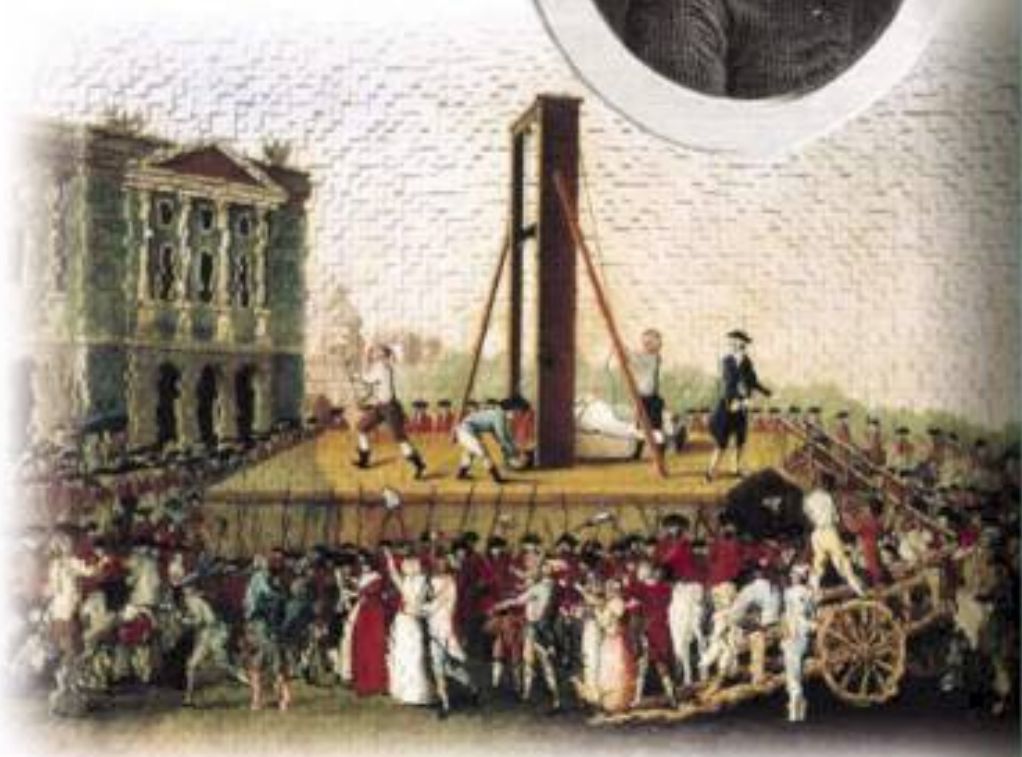


Demetrio Castro

Robespierre

La virtud
del monstruo



BIBLIOTECA DE HISTORIA Y PENSAMIENTO POLÍTICO

tecnos

Demetrio Castro

Robespierre

La virtud del monstruo

A mi hijo.

«unum et commune periculum
una salus ambobus erit. Mihi parvus lulus
sit comes»

Aeneis, II, 709/711.

Contenido

CAPÍTULO PRIMERO: INTRODUCCIÓN. Robespierre:
personaje y símbolo
CAPÍTULO SEGUNDO. El joven Robespierre
CAPÍTULO TERCERO. El representante Robespierre
CAPÍTULO CUARTO. El incorruptible
CAPÍTULO QUINTO. El repúblico Robespierre. Muer-
te, hambre y discordia
CAPÍTULO SEXTO. El terrorista Robespierre
CAPÍTULO SÉPTIMO. Apogeo y caída
Créditos

Capítulo primero: Introducción

Robespierre: personaje y símbolo

*E*l *Bateo*, con música de Chueca y libreto de Antonio Paso, se estrenó en Madrid en 1901 con el éxito que la pareja de sus autores garantizaba en producciones del género chico. Uno de los personajes, Wamba, que expresa ideas de un vago contenido anarcoide y federal, representación, en todo caso, de un caricaturizado pensamiento de izquierda anclado en 1868 o 1873, los días ya para entonces lejanos de la Gloriosa y la Primera república, interpreta un cantable en el que expone sus opiniones y lo que podría llamarse programa («haremos doscientas partes / del oro de la nación, / la una para vosotros y el resto / para un servidor»), una de cuyas estrofas es una paródica exaltación de Robespierre:

Haremos de carne humana
la estatua de Robespierre
para que el mundo venere
al mártir aquél.

Ciertamente, el tono festivo de la pieza y hasta las exigencias, no muy severas, de la rima pueden dar cuenta de los términos en los que se evoca a aquella figura de la Francia revolucionaria. Pero lo que interesa destacar aquí es el hecho de que queriendo hacer referencia a un prototipo de

revolucionario que un público poco exigente pudiera identificar sin dificultad se recurra a Robespierre, posiblemente el nombre más universal en este orden de cosas antes de que las revoluciones sociales del siglo xx popularizaran otros, y, en segundo lugar, que ese nombre se asocie al recurso cruento y extremo a la violencia política, al homicidio a gran escala. De esta forma, en una obrilla menor pero con autores de acreditado oficio para conectar con las creencias e imaginarios de su público, con los lugares comunes y los tópicos establecidos (que precisamente por eso se prestan mejor a la parodia), aparece nítidamente codificada la imagen más extendida durante generaciones de la memoria de Robespierre, la de un extremista de procedimientos radicales. Tratar de ver qué fundamento tiene eso constituye buena parte del propósito de las páginas que siguen.

Escribir un estudio, con estructura biográfica, sobre el pensamiento de Robespierre y la situación histórica en que lo expresó es un intento lleno de dificultades. Una de las principales y, desde luego la primera, es la plétora de material bibliográfico existente. Si sobre el momento, el de la Revolución francesa, hay bibliotecas enteras, sobre el personaje es también abrumadora la literatura disponible. Por ello cualquier intento razonable tiene que partir obligadamente de una drástica selección de materiales y de una prudente renuncia a la exhaustividad. Lo copioso de la bibliografía en torno al personaje no supone, por un lado, el que quepa dar por esclarecidas todas las circunstancias de su participación en los sucesos revolucionarios, siendo, por el contrario, no pocos los puntos oscuros o controvertidos al respecto. Por otro, tampoco quiere decir que exista acuerdo general ni incluso mayoritario sobre la personalidad y motivaciones de Robespierre. Antes al contrario, no poca de la literatura en torno a él, en especial pero no sólo la más remota en el tiempo, es de naturaleza expresamente polémica, sea enaltecedora, sea denigrante. Tal es el peso de estos textos que, aun tomando todas las precauciones

de distanciamiento, el historiador moderno puede verse con frecuencia envuelto en el clima que crean. En esencia, la literatura polémica en torno a Robespierre pivota sobre una argumentación de tipo moral. O más exactamente, al personaje se le describe y se le juzga (si cabe diferenciar una cosa de otra en la mayoría de esos textos) en razón de su conducta y su índole moral, cosa que no puede extrañar respecto a alguien que usó hasta la extenuación el artilugio retórico *virtud* como elemento central de su discurso político. Así, para los contrarios sería una peculiar perversión moral que se expresaría, por ejemplo, en un sadismo refinado y en una conducta desordenada por el vicio, lo que explicaría el sentido de la acción política del personaje. Para los partidarios, por el contrario, lo que daría la clave de su vida y su destino sería una inquebrantable fidelidad a los principios, una constante lealtad a las convicciones rectas, una coherencia a prueba de toda tentación o amenaza — haciendo bueno el sobrenombre de *el Incorruptible* con el que se le conoció, gracias entre otras cosas a su propio interés en ello—. Del primer enfoque serían ejemplo panfletos como *La vie et les crimes de Robespierre*, del abate Proyard, 1795, o *Histoire de la conjuration de Maximilien Robespierre*, de Galard de Montjoye, 1796. Del segundo, Albert Laponneraye, primer editor de sus obras, 1840, o la extensa *Histoire de Robespierre* de Ernest Hamel, 1865-1867. Las dos primeras, muy próximas en el tiempo a la muerte del personaje, son obras de circunstancias, las de la denigración sistemática y prácticamente universal del sujeto, chivo expiatorio para los responsables del nuevo curso termidoriano de la Revolución, reconducida bajo los regímenes consular y napoleónico al cauce del que la habría sacado el extremismo encarnado por Robespierre, pero también, para la opinión contrarrevolucionaria, quintaesencia de la Revolución misma, de sus horrores y errores. Los otros dos textos son muestra de la recuperación de Robespierre como ejemplo y numen por el republicanismo de

mediados del XIX, un modo de entender al personaje con mucha vida por delante. Es decir, y como no podría ser menos en una figura tan sobresaliente en el curso del acontecimiento nodal de la historia contemporánea de Francia, a Robespierre se le ha visto y se le ha considerado en función de las coyunturas políticas, y no sólo en Francia. Esto es así porque desde el primer momento se le convirtió en símbolo o signo, esto es, en expresión de significados complejos cuya polisemia requiere reducciones que compendien aquel sentido que pretenda hacerse prevalecer. Naturalmente, los signos no son unívocos y con Robespierre se significó, según quien presentara o leyera ese signo, la cara más propicia o la más infausta de la Revolución, o, más en general, de las revoluciones.

Importancia muy especial en la acuñación de la imagen de Robespierre, tanto para el conocimiento común como para el científico, tuvo el tratamiento que a su acción política y a su pensamiento dieron los historiadores oficiales de la Revolución francesa durante la Tercera república, en las décadas finales del XIX y las primeras del XX. Estos historiadores *oficiales* fueron aquellos que, identificados con los principios republicanos y radical-socialistas de las principales fuerzas políticas sustentadoras de aquel régimen, ocuparon los puestos académicos creados *ex profeso* para el estudio y ensalzamiento de la Revolución de 1789, episodio en el que la República cifraba su propia legitimidad y su raíz histórica. Entre las personalidades de la historiografía oficialista destaca, en lo que hace a Robespierre, Albert Mathiez (1874-1932). Él mismo fue, intelectualmente, producto de la primera etapa de la institucionalización de la historia de la época revolucionaria, un proceso que tuvo un hito fundamental al acercarse el primer centenario de la Revolución, en 1885, con la promoción por el Municipio de París de un curso de Historia de la Revolución francesa que algo después, en 1891, se transformó en Cátedra de la Sorbona. Para dictar los cursos y luego desempeñar la cátedra

se designó a Alphonse Aulard (1849-1928), un protegido político de Clemenceau. Aulard, quien hasta entonces se había dedicado preferentemente a la historia de la literatura francesa y de la oratoria¹, introdujo, sin embargo, un giro decisivo en el tratamiento de la historia revolucionaria. Consistió, en esencia, en abandonar, y desdeñar, los enfoques *filosóficos* hasta entonces dominantes al estilo de Michelet o Lamartine, así como el tratamiento directamente político de la materia característico de cuantos autores la habían abordado. El suyo fue, por el contrario y como exigía el clima intelectual del momento, positivista, con una estrecha fidelidad al documento, a la equiparación directa entre *realidad histórica* y *dato*, entendido éste como una entidad existente en sí misma y objetiva que el historiador adiestrado sabría *descubrir* y tratar. Por supuesto, el campo preferente para ejercitar esa función era el de la historia política, el de las actividades y los individuos que las llevaban a cabo desde las instituciones centrales de poder. Con él la práctica de la historia sobre la Revolución se convirtió en una actividad profesionalizada en manos de especialistas vinculados a las instituciones docentes públicas, con menosprecio de quienes quisieran cultivarla al margen de esos encuadramientos institucionales y reducidos a la condición de aficionados o amateurs². Desde esos supuestos y hasta su jubilación en 1922, Aulard produjo una amplia obra de estudios originales y edición de materiales, creó un grupo de discípulos y contribuyó a consolidar plataformas y órganos de expresión. De forma casi natural ocupó la presidencia de la Société d'Histoire de la Révolution y desde 1887 fue director de *La Révolution française*, una publicación fundada unos años antes y que transformó en órgano de la historiografía oficial y casi en órgano de sí mismo³.

Entre sus discípulos figuró Mathiez quien leyó sus dos tesis y se doctoró en 1904, publicándolas inmediatamente⁴. Las relaciones entre ambos, si alguna vez fueron estrechas

o cordiales, dejaron de serlo pronto y definitivamente. Mathiez, cuyo carácter era agrio, tenía plena conciencia de que la suya era una formación muy superior a la de su maestro y con probabilidad llevó mal el no obtener durante años un puesto en la universidad, accediendo a la docencia superior sólo ocasionalmente y en condición de sustituto. Aunque finalmente enseñó en las universidades de Besançon (1911-1919) y Dijon (1919-1926) no consiguió suceder a Aulard en la Sorbona cuando éste se retiró, y si pudo ocupar esa cátedra fue transitoriamente y como suplente en ausencia de su titular. Su ruptura con Aulard se produjo hacia 1908 y presenta rasgos propios de un cisma. Fuese cual fuese el motivo (quizá relacionado con un artículo que presentó para su publicación en *La Révolution française*)⁵, Mathiez se apresuró a crear una *iglesia* historiográfica separada con sus instituciones y órganos de expresión propios, y un culto bajo una advocación diferenciada, la de Robespierre. Para ello se unió a una recién fundada Société des Études Robespierristes, en la que llegaría a serlo todo, y fundó, frente a la del maestro, una nueva revista, *Annales révolutionnaires*⁶. Pero las introducidas por Mathiez no fueron sólo novedades de orden institucional sino también de fondo, vinculadas, como se ha dicho, a la rehabilitación de Robespierre desde presupuestos acusadamente políticos. La sociedad fundada para estudiar su figura y su obra, explicaría, lo fue a fin de defender la memoria del «tan calumniado jefe de la Montaña», especialmente frente a la glorificación de Dantón, de poner coto a un cuarto de siglo de «ardientes apologías dantonistas» que eran al tiempo «ardientes diatribas antirrobepierristas»⁷.



El perfil de Maximilien de Robespierre (1758-1794) que aparece en este grabado nos muestra la mitad de los rasgos que identifican a un hombre joven, atildado hasta el más nimio detalle, y en cuyo rostro se adivina una firme determinación. La otra parte de su semblante permanece oculta como alguna de las motivaciones últimas que transformaron a un modesto abogado de provincias en uno de los personajes más queridos, temidos y odiados de la Revolución francesa.

No era algo en absoluto nuevo, y la misma dualidad se puede encontrar en los historiadores de la Revolución de mediados del siglo XIX. En vísperas del 48, en 1847, apare-

cieron tanto los primeros tomos de la versión definitiva de la *Histoire de la Révolution française* de Michelet como el primero de la historia de igual título de Louis Blanc. Ambas obras se proponen reinterpretar el acontecimiento en términos republicanos y democráticos pero en la primera el legado patriótico y liberador se asocia o más bien se identifica con un Danton *indulgente* frente a un Robespierre *terrorista*, mientras Blanc dibuja un Danton oportunista frente a un Robespierre íntegro al que por todos los medios pretende desvincular del Terror, responsabilidad de un impreciso otros⁸. Pero la confrontación de Robespierre y Dantón no constituye sólo un lugar común de las historias de la Revolución sino también un ejercicio corriente ya en sus días. Entre ambos se subrayan las diferencias, por encima de las analogías (modestos abogados a los que los acontecimientos encumbran gracias en buena parte a su capacidad oratoria, perdiendo ambos la vida en la vorágine, primero y a manos del otro Dantón). Así, frente al austero e íntegro Robespierre se levanta el Dantón venal e indolente, el preclaro dirigente revolucionario frente al oportunista interesado. O también, frente al frío y sanguinario Robespierre, el humano, leal e ingenuo Dantón⁹. Es decir, dos alegorías historiográficas, dos tradiciones simbólicas. Pero no es en ese nivel de contraste en el que Mathiez pensaba principalmente al salir en pro de Robespierre y frente a Dantón.

El registro en que lo hizo fue uno específicamente político, entendiendo la Société des Études Robespierristes como un instrumento de regeneración republicana, como una plataforma para preparar una República nueva mejor asentada en el legado robespierrista. En efecto, el Robespierre que presenta es el «gran demócrata», alguien representativo de una concepción popular de la República (de la Primera tanto como de la Tercera), de su enraizamiento y confusión con una democracia popular a la que sería ajena la práctica republicana existente. Por ello rehabilitar su me-

moria no sería sólo servir a la *verdad* histórica sino hacer algo útil por Francia, «que debería ser como era en tiempos de Robespierre, campeón del derecho, esperanza de los oprimidos, temor de los opresores, fulgor del universo»¹⁰. Si eso no era así, si la Francia de comienzos del siglo xx no era como la del período en que la sombra de Robespierre gravitó sobre la política revolucionaria, se debía al acomodamiento del partido republicano, a su pérdida de nervio radical, a su inclinación centrista que le alejaría de sus orígenes. La República, sus instituciones, sus políticas, no podrían ser realmente democráticas en la medida en que fuesen más dantonistas que robespierristas, pues la tradición democrática real era la que se remontaba a Robespierre: «Para nuestros mayores, hasta después de 1848, robespierrismo y democracia fueron una y la misma cosa», o lo que es lo mismo, «hubo un tiempo en que Robespierre y democracia eran sinónimos». Y sentencia, «ese tiempo volverá»¹¹. Un primer modelo de democracia social que aunque Robespierre reprobaba la *quimera comunista de la ley agraria* se hallaba *in nuce* en su pensamiento. Para Mathiez Robespierre no era sólo un símbolo, una referencia metafórica sobre radicalismo e intransigencia; era más bien un programa, un programa del momento, y permanente. «Su programa de acción es siempre de actualidad pasmosa», y por ello, añade, «somos hijos intelectuales suyos. Le adoptamos como guía y como bandera»¹².

Los fundamentos políticos inferibles de Robespierre que Mathiez subraya en 1920 merecen especial atención, pues reflejan la descalificación del régimen y las prácticas parlamentarias que fue común en el período de entreguerras y sirvió de caldo de cultivo para el auge de los programas y experiencias políticas de partido único y métodos autoritarios. En efecto, lo que destaca en el pensamiento político robespierrista es su antiparlamentarismo: «No creía en absoluto que el parlamentarismo fuese una panacea. Nadie

mejor que él ha señalado sus imperfecciones, sus vicios, sus peligros. En esto su pensamiento se mantiene singularmente vivo»¹³. También la profesionalización de la política, la dedicación con carácter exclusivo de ciertos individuos a esa actividad, deduciendo de ello el alejamiento entre sus intereses propios, personales y de grupo, y los de la mayoría: «Los políticos profesionales le parecían la úlcera de la democracia»¹⁴. Lo segundo es claramente congruente con lo defendido por Robespierre, en especial la inelegibilidad de los representantes en activo durante una legislatura para formar parte de la siguiente (aunque en ello hubiera al menos tanto de oportunidad como de principio y él mismo no pudiera ser definido mejor que como profesional de la política), pero lo primero es más difícil de concordar con las posturas radicalmente legicentristas que, como se verá, le fueron propias. Al menos en algún momento. Porque lo que en esencia parece estar sugiriendo Mathiez es la efectividad de la dictadura revolucionaria, y que, en última instancia, el Robespierre más auténtico es el correspondiente al período durante el cual el *gran demócrata* fue «alma del glorioso Comité de Salvación Pública»¹⁵. Es decir, de un procedimiento de gobierno en el que la división de poderes, y su recíproco control, quedaría borrada de hecho.



Bajo la presencia de un gorro frigio colgado de una pica, oficia este Tribunal revolucionario parisino durante los años del Terror (1793-1794). Gracias a la más reciente historiografía se ha precisado una imagen veraz de estos tribunales populares, animados y protegidos por Robespierre, como instrumentos aniquiladores de una dictadura paranoica hasta la autodestrucción.

Mientras Aulard fue un republicano puro Mathiez acabó considerándose socialista, y eso no sólo pudo incrementar el distanciamiento entre ambos, sino que llevó al segundo a hacer a Robespierre también socialista, y quizá algo más. En efecto, en una serie de artículos escritos entre 1912 y 1913 en torno a «La política social de Robespierre» lleva a cabo una transformación socialista del personaje. Ciertamente, la cosa no era fácil (se acaba de ver que en trabajos posteriores reconocía su escasa sintonía con quimeras igualitarias) tanto más cuanto, hombre de acción antes que teórico, no desarrolló un corpus específico de teoría social y económica, pero sí podía presentársele como «portavoz incansable de los desheredados», básicamente de ese sector de las clases bajas urbanas tan activo en el proceso revolucionario que fueron los *sans-culottes*, categoría social, y